

**SINUOSIDADES DE LA MEMORIA Y EL  
REENCUENTRO CONMIGO MISMA.**

**Amaranta Cornejo Hernández**

## **Mi nombre: del desencuentro al reencuentro**

*Fluyendo conmigo-mi nombre*

Risas, suspiros, estupefacción, curiosidad,

Me gusta la historia de cómo y por qué me nombraron, la defensa ante el cura.

Mi nombre completo me espanta, si dicho con seriedad me suena a regaño.

No quiero ser así, ¿y si sí lo soy?

Raíz profunda

Dulzura

Acertividad

Ilusión y ternura por las memorias de la infancia

Identidad mutable, desde ahí necesidad re-invención y apropiación, mía y de la gente.

Acompañamiento de por vida: me sostengo y me acompaño.

Cuando nací creo que seguía de moda el libro *Cien años de soledad*, de García Márquez. Pongo el nombre de él porque es un referente que me marcó gran parte de mi vida: cada vez que alguien me preguntaba de dónde venía mi nombre mencionaba primero el nombre del Gabo, y así la gente ya se ubicaba, pues no todo mundo conocía el libro, pero sí el nombre de él. No sé en qué momento dejé de hacer esta introducción.

Mi papá leyó el libro y le gusto mi nombre: Amaranta. Cuando propuso a mi mamá y a mi abue paterna ese nombre para mí, ellas dijeron que sí bajo la condición de que se informara de dónde venía ese nombre, más allá de la novela. Así que mi papá se puso a hacer ese trabajo. Encontró los orígenes en la cultura nahua y en el sánscrito. Para la primera era la flor de la alegría, y resultó ser ese cereal con que hacían las alegrías. Para el segundo significaba flor inmortal (esta es otra

explicación que hacía siempre, ahora menos). Finalmente, para rematar la labor de convencimiento, llevó a mi mamá y a mi abue a un museo de sitio en Tehuacán, y ahí vieron una lámina con el origen y la importancia alimenticia del amaranto para las culturas nahuas del centro del país. Mi mamá y mi abue quedaron conformes.

La segunda batalla vino con el cura cuando me bautizaron. Él se negaba a nombrarme Amaranta porque no aparecía en el santoral. Así que la negociación se concluyó cuando me antepusieron otro nombre. El cual sólo consta en el acta de nacimiento.

Y así me llamaron.

De niña odiaba ese nombre porque era la única en kilómetros a la redonda con ese nombre. En la escuela se inventaban nombres a partir del mío, y yo me enojaba. Odiaba ni nombre y su peculiaridad. Deseaba llamarme Jenny, o Daniela, o alguno de los nombres de moda.

En algún momento entre mi infancia y la pubertad me surgió la duda de dónde habían agarrado mi nombre. Me explicaron que Amaranta era la mujer más bella que se iba volando al cielo en la novela escrita por un ganador del premio Nobel. La belleza y el premio Nobel me aplacaban, aunque decía que en cuanto pudiera me cambiaría el nombre, sería Jennifer o Sandra o Daniela, o quién sabe qué nombre, pero no el mío.

Alrededor de mis quince años, mi abue paterna me prestó finalmente *Cien años de soledad*, pues dijo que ya tenía edad para leerlo. Cuando leí que la mujer hermosa era Remedios, y que Amaranta sufría de amor, y hacía sufrir a los hombres que la amaban, me fui a reclamarle a mi papá por su terrible confusión. No recuerdo su reacción. Recuerdo que yo me espanté, pues pensé que así iba a tener que ser yo: enmarañada en el amor, pero sobre todo sufriente.

Ciertamente mi historia amorosa, a veces, ha asemejado a la de la Amaranta *original*. Cuando hice conciencia de esa máxima de que el nombre es destino me empeñé en no repetir el mal de amores de la otra Amaranta. Repetir los andares y lamentos de un personaje literario como destino me parecía lo más absurdo, y atentaba contra mi autodeterminación. Creo que lo voy logrando.

A lo largo de mi vida mi nombre ha cambiado en voz de las otras personas. Mara, Marita, Ama, Amis, Amariux, Amara... Adopté por muchos años autonombrarme Amara. Hasta que mi exmarido un día me dijo que ese nombre no le gustaba porque en italiano, su lengua, eso quería decir amarga. Vaya, pensé, paso de la locura de la Amaranta a la amargura. Aun así me resistía en decir mi nombre completo porque me recordaba a cuando mi mamá y/o mi papá se enojaban conmigo y llamaban "Amaranta" con un tono serio. Mi exmarido me llamaba Ama, y lo decía con tanto amor, ternura, dulzura que lo adopté.

Saber cuántas veces he escuchado a la gente decir "qué bonito nombre" cuando escuchan cómo me llamo. Me aburre ese comentario. Aún así de poco tiempo para acá he reasumido mi nombre, dejando de lado el susto de ser llamada Amaranta y pensar que la gente está enojada conmigo. También he dejado lejos el miedo a repetir la historia de Amaranta Buendía. Soy Amaranta, mi propia Amaranta, y también puedo ser Ama, Amaritiux, Amara, Amy. Cada quien que se apropie de mi nombre, porque yo misma lo hago y lo transformo según mi ánimo.

## **La palabra, su potencia**

*Fluir*

¿Quién me ha marcado, cuándo, cómo por qué?, ¿qué ha sido de mí desde que escuche esas frases?

Ya vas de loca.

Puedo permanecer, puedo sostenerme yo misma.

Por esas cosas tú ni te preocupes.

Ve que aquí te esperamos Ruco y yo.

Aquí te lo entrego, ahora es tuyo, te toca.

Con Amaranta en mente, en muchos lugares y momentos.

Voy a llorar.

Recuerdo la frase y viene la imagen del momento, luego reconozco su efecto actual en mí.

Estas inventando.

He pasado tiempo tratando de recordar esas frases, y me ha costado porque no me viene una sola, ni dos o tres, me vienen varias, y de ahí intento elegir algunas... y me cuesta, me está costando, me ha costado. En un principio pensaba en las "positivas", luego pensé que eso era trampa, pues lo que me ha marcado no siempre me ha dejado una sonrisa o una tierna lágrima en la cara, también ha habido desconcierto y dolor.

De la lista de frases, la mayoría que vienen a mi mente tienen que ver con lo amoroso en mi vida. Amor con otro hombre, para él, desde él.

En el 2000 conocí a Gigi, uno de mis grandes amores. Es italiano, estaba en Chiapas, como yo, y luego se fue, y yo me quedé. Poco más de un año después, regresó. Yo lo había visitado una vez en su tierra. Él y yo habíamos tenidos amoríos en medio de nuestra historia. Y nos re-encontramos. Viniendo de Chiapas, pasé por casa de mi familia en el camino al aeropuerto. Ese día, el día que salí para recogerlo, me fui de Puebla a DF, y mi papá soltó un "ahí vas de loca" cuando yo salí de la casa. Lo escuché y sonreí. Pensé, "qué sabe mi papá de mis razones". En el camino lo repensé y me horrorizó que mi papá, ¡mi papá!, tuviera un pensamiento

conservador. Cuando Gigi me abrazó volví a pensar en esa frase y simplemente mi cuerpo vibro. Ese juicio me hizo calibrar mi sentir: yo era libre y mi papá aprendería a respetar mis formas de ser, de actuar, de elegir.

Esa historia de amor duró una década y la llevamos por dos continentes, tres países. Hacia lo que fue el inicio del mero final, cuando tuve que irme de Nicaragua para volver a México y atender a mi mamá que estaba muy enferma, Gigi me acompañó al aeropuerto. Sabía y me acompañaba en la zozobra que yo vivía: me iba para estar con mi mamá, esperando que se recuperara; no sabía cuándo volvería con él, a nuestra casa, no sabía qué pasaría con nuestra relación. Habíamos apretado un botón de pausa al conflicto de pareja. Al dejarme en la puerta de seguridad del aeropuerto de Managua, Gigi me dijo “vete tranquila, aquí te esperamos Ruco y yo”. Saber que mis dos amores, mi marido y mi perro, estarían ahí me daba un punto de referencia más estable que la incertidumbre de la salud de mi mamá. Viajé tranquila. Y desde ese lugar acompañé a mi mamá y decidí que no volvería a vivir a Nicaragua. Sabía que Gigi estaría en mi vida de una forma y otra, y mi perro volvería conmigo a México.

Dos años antes de esa despedida, el 29 de junio del 2006 Gigi y yo nos casamos en Nápoles, Italia. Yo tenía cerca de dos meses de haber llegado a ese país, y habíamos acordado casarnos para hacer fácil mi situación migratoria. En la puerta de la sala de casamientos del municipio de la ciudad, en la sede del Castillo Maschioangiono, la mamá de Gigi, Antonia, me tomó del brazo, y mientras me abrazaba me dijo que ahí me entregaba a su hijo, que sabía que yo lo quería y lo cuidaría, así que ahora era todo mío, con sus virtudes y defectos, que ella ya no aceptaba reclamaciones. Entré llorando a la sala. Cuando le anunciamos a Antonia y a Gianfranco, el papá de Gigi, que nos separaríamos, me dolía porque además de toda la historia de la separación, sabía que para ella eso era como una derrota.

Sabía que en su ser mujer sentía que yo rechazaba a su hijo, que lo abandonaba, que yo no le cumplía sus expectativas de cuidarlo.

Otra historia de amor, menos afortunada, y quizá significativa por el dolor que me provocó tiene que ver con las mentiras como dinámica de relación. Mi entonces novio, Juan, se enojó mucho la última vez que lo encaré por una de sus infidelidades. Yo, más que un reclamo estaba aclarando mis razones para terminar esa relación. Cuando hice mi lista de agravios, él dijo que yo sólo estaba inventando. Esa frase colmó mi indignación. No podía yo permitir que además de no reconocer sus responsabilidades, quisiera que yo asumiera una responsabilidad que no me correspondía: la de mentir. Yo había sido permisiva por diversas razones, y había llegado a un punto límite. Así que no estuve dispuesta a aceptar aquello que no me correspondía.

Del amor hacia el otro, con el otro paso al más íntimo: para mí misma. Luego de trabajo psicoterapéutico intermitente, una noche en el espacio de la terapia emergió la frase “yo puedo sostenerme a mí misma”. El escucharla venía luego de un proceso de sentirla desde mi cuerpo: oírme en los ritmos de mis latidos, y palpar la fortaleza en mi temperatura corporal. Salí del lugar como si tuviera el mejor amuleto para esta vida: en unas palabras condensaba la confianza en mí misma, al mismo tiempo que re-conocía mi capacidad para ser fuerte. A partir de ahí he ido trabajando cuestiones ligadas a la permanencia: no se trata la vida de salir huyendo ante lo gozoso y lo doloroso, sino afrontarlo para tomar lo que pueda de ahí, y disfrutar ese logro, valorarlo. Esta frase, a mi edad, es linda porque es una semilla que quería comenzar a germinar de tiempo atrás, y ahora que reventó la semilla siento esa vitalidad en mí. A veces me espanto... y me recuerdo entonces: puedo permanecer.

La última frase que por ahora traigo aquí viene de un texto académico relacionado con mi trabajo como investigadora. Luego de varios meses, una mañana, recibí por

fin el prefacio al libro que estaba a punto de publicar. Este hecho en sí ya era emocionante, me alegraba. Sin embargo, al leer la forma como había firmado mi extutora mi alegría se colmó y lloré. Estaba en el centro de cómputo de mi trabajo, pues ahí de por sí me habían asignado un lugar para trabajar, y en otro momentos de emocionalidad intensa me había contenido. Esta vez me dejé fluir y lloré: era una emoción compleja, entre la alegría, el nerviosismo, la satisfacción, el agradecimiento, el temor... “En diversos espacios y momentos con Amaranta siempre en mente”...Es una frase que nutre mi compromiso de trabajo ético y políticamente implicado, y lo hace desde lo personal que es tener a alguien en mente de forma intermitente.

## **Machuincuepas en la memoria**

### *Fluir*

Demasiadas personas

Mujeres

Gozo y llanto

Lejanía

Tiempo

Peripecias

Tener en común

Retumbar y retomarlo

Leo la palabra eco y pienso en la imagen de un cañón estrecho, por donde van rebotando de una pared a otra sonidos al estilo de susurros o de gritería. Y esa así que desde pequeña, cuando descubrí y entendí lo que era el eco, me gusta esa repetición que pareciera mágica pero que tiene un emisor determinado, y luego va cobrando vida propia al repetirse una y otra vez, una y otra vez. Me imagino a ese



sonido como una pluma al viento que traza líneas no visibles, pero que al fin y al cabo podría tomar en mi mano, si quisiera, cierto, esforzándome.

¿Quiénes son mis ecos?, o ¿quiénes me han generado ecos?

En las últimas semanas han sido mis amigas quienes me han ayudado a hacer visible aquello que yo quiero evitar mirar, reconocer y abrazar. Tengo la información, la miro y hasta la siento en mi piel chinita, aún así pretendo no tener la certeza. En las pláticas de sobremesa o de té, ellas, en un momento u otro me hacen algún comentario, al cual insisto en hacerle un vacío existencial. Posteriormente, por las noches sueño aquello que ellas me dijeron y que maravillosamente lo que yo ya sé. Es ahí, al mirarlo, ¿o experienciarlo en el sueño?, que puedo re-conocer lo que yo misma me niego. Despierto, y mientras me lavo los dientes recupero la información, y por dentro sonrío.

A manera de rayuela, ahora recuerdo a Mati, mi abuela paterna. Siempre insistía en la importancia de vivir con cierta ligereza. Claro, es fácil dar el consejo y no quedarse con él: ella se angustiaba cuando mi padre se demora en volver a casa. En mi adolescencia comencé a sufrir por los incipientes desamores de los noviazgos en secundaria. Recuerdo que alguna de las veces que entré llorando a casa luego de que “algo” había pasado con el novio en turno, ella me alcanzó en mi recámara y me dijo que no valía sufrir por los hombres, y que era mejor que me sentara la mesa a comer, que con una sopita caliente vería las cosas distintas. Recuerdo que me pareció que no me entendía. Claro, yo era adolescente. Muchos años después, cuando trabajaba en una comunidad zapatista, Guadalupe, la compañera que nos prestaba su fogón para cocinar nuestra comida, cada noche que nos despedíamos para irnos a nuestra casita dormir ella me decía “No sueñes tanto porque soñar mucho enferma, es mejor descansar al corazón en las noches.” Me parecía hermosa esa forma de desearnos buenas noches. Unos años después, no tantos esta vez,

en un viaje al DF me eché una vuelta por la librería y me compré una noveleta de Ángeles Mastretta: Ninguna eternidad como la mía. En algún punto, cuando la personaje principal regresa a la casa donde vive y trae el corazón totalmente desmadejado, su casera le dice lo que me dijo a mí mi abue: a comer que ninguna pena vale tanto como para privarnos de los placeres del campo transformados en sopas.

Decía antes que los ecos tienen emisores precisos, y sí, es así, aun cuando esos emisores mueran, sus ecos ahí siguen rondando. Arturo León fue uno de mis profes en la maestría. Fue también de las personas que integró la comisión evaluadora y de entrevistas para entrar a ese posgrado. En mi defensa del grado pidió ser parte de mi jurado, y aunque no hizo ninguna pregunta, estuvo ahí acompañándome como lo hizo desde el principio. Todo mundo le tenía miedo porque era enojón, serio y estricto. Cuando estuvimos en el grupo de discusión sobre economía política yo estaba aterrada: Arturo era el coordinador del grupo, había dos compañeros economistas, y yo no entendía nada de economía, y menos de economía política. En algún momento Arturo me cuestionó, públicamente, por mi silencio. Acopiando todo mi terror respondí que no entendía nada, que yo venía de letras. Precisamente por eso, me explicó él, era oportuno que hablara para expresar todas mis dudas, para en colectivo construir los conocimientos y aprendizajes. Dudas, preguntas y colectividad. Lo que para otros fue un regaño, para mí fue el recordatorio de cómo me rijo en la vida, fue un aliciente a confiar en mis dudas y vivirlas como luces que podrían señalar hacia donde apunta la brújula.

En esas volteretas que da el sonido del eco, voy hasta mi infancia. Citlali, Xime y Tania, mis amigas, mis cómplices, mis hermanas por elección. De ellas no retomo palabras, sino vivencias. Son tantísimas las vivencias que tuvimos. Descubrimos la potencia de lo sensorial; el placer de inventar historias y construir casitas de trapos; el bálsamo que es la compañía cuando nos rompen el corazón los chicos; la valía

de guardar un secreto, aun si ese secreto era robar dulces; la fortaleza que daba soportar un regaño juntas, porque así parecía que se fraccionaba ese regaño y a cada una le tocaba un cachito nomás. Sufrí cuando cada una de ella se fue a otra ciudad, viví la soledad que deja el vacío físico de la amistad. Cada una ahora estamos en situaciones distintas y distantes, y aun así nuestros ecos generan vibraciones en mí.

Por hoy, el último eco que traigo desde la memoria es el que me genera mi amiga y maestra Guio. No se trata de una frase, o una situación, se trata mas bien del andar mismo que se inició cuando me acerqué a ella para pedir consejos frente a mi postulación al doctorado. Desde la generosidad ella me ha acompañado. Su invitación a confiar en mis intuiciones ha sido constante. Confiar en mis intuiciones es confiar en mí misma... ¡confiar! Lo escribo así, como pronta a bailar algo de merengue y no es así, no es fácil ni sencillo siempre. Confiar en mí pasaría por (re)valorar lo que hago. Guio, recuerdo su voz y su euforia cuando me dice que soy la experta, en lo que trabajo, en lo que vivo porque soy yo quien mejor me conozco, y desde ahí puedo saber, intuir por donde dirigirme, si no para que todo salga “bien”, si para aprender, para disfrutar, para vivir. Es este un eco vital, que llegó a mi vida cuando estaba lista a escucharlo, pero sobre todo a repetirlo, a aceptarlo como eco. Al hacerlo re-conozco los ecos similares que otras mujeres y hombres han dejado en mi vida.

Los ecos, esas vibraciones que re-suenan como las de los cuencos tibetanos, se generan con un roce con y en la memoria. Se repiten sólo si estoy lista, no antes de eso. Es así que los ecos que he descrito se entrelazan, unos llevan a otros, y también a otros que por ahora no he traído aquí. Decía que los ecos se me imaginan como machincuepas que el sonido da por el aire, y es así que me llenan de vitalidad porque me quedo con aquellos que me nutren. Bueno, aquellos que me lastiman y duelen tienen su momento y circunstancia de reaparecer. Cuando eso pasa, traigo

hacia mí otro eco que me ayude a comprender al doloroso, para que no sólo hiera, sino que se convierta en la posibilidad de algo más.